DISCURSO

EN ELOGIO

DEL

EXCMO. SEÑOR DUQUE DE RIVAS,

DIRECTOR QUE FUÉ

DE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

LEIDO EN JUNTA PÚBLICA EL 20 DE MAYO DE 1866

POR EL

Sr. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

Académico de número de la misma.

¡Sobre el Duque de Rivas!

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de San Márcos, núm. 26

1866.

Firma del Autor. 3 de Junio de 1867.

X 1X
1220

DISCURSO

EN ELOGIO

DEL

EXCMO. SEÑOR DUQUE DE RIVAS,

DIRECTOR QUE FUÉ

DE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

LEIDO EN JUNTA PÚBLICA EL 20 DE MAYO DE 1866

POR EL

SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

Académico de número de la misma.

MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, calle de San Márcos, núm. 26
1866.

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS SUCESOS QUE HAN PRECEDIDO Y ACOMPAÑADO Á LA ELECCION DEL **Sr. D. Federico de Madrazo,** PARA EL CARGO DE DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO, LEIDA POR SU SECRETARIO GENERAL EL **Sr. D. Eugenio de la Cámara** EN LA SESION PÚBLICA CELEBRADA AL EFECTO EL DOMINGO 20 DE MAYO DE 1866.

SEÑORES:

El objeto de la Sesion pública que hoy celebra esta Real Academia de Nobles Artes para dar posesion de su honroso cargo á nuestro nuevo Director, importante por su índole, como de tan directa é inmediata influencia en la vida de una Academia, lo es aún mucho más en el caso presente, por las circunstancias singulares que le han precedido; circunstancias raras que pocas veces se habrán visto verificadas, y que acaso no vuelvan á verse nunca reproducidas: tal es la extraña mezcla que en ellas hay de faustos y de infaustos sucesos, que puede decirse que, para vestirse hoy de gala la Academia, tiene que despojarse de los repetidos lutos que, sin darse tregua unos á otros, se han sucedido en ella; y que, para borrar la profunda impresion que en su ánimo han causado las irreparables pérdidas que ha sufrido, tiene que aceptar como un consuelo la solemnidad que hoy celebra, viendo por primera vez reducido á la práctica el ejercicio del precioso derecho que sus nuevos Estatutos le conceden de elegirse su Director. Es, en efecto, el ejercicio de este derecho una de las principales novedades introducidas en su modo de ser; derecho que aseguró á la Academia la

independencia de que carecia, y que tanto necesitan los cuerpos de su índole para gozar de vida propia: los Estatutos reformados en 1846, que dieron ya grandes pasos hácia el apetecido fin, concediendo á los Académicos artistas la consideracion de que antes carecian, reduciendo además su número antes ilimitado, conservaron, sin embargo, reservada á la Corona la facultad de proveer no sólo el cargo de Presidente, sinó tambien los de Consiliarios, entre los cuales se buscaba ordinariamente el que habia de ocupar aquel puesto. La última reforma decretada por S. M. hace poco más de dos años (en Abril de 1864) suprimió esta categoría intermedia, y dejó enteramente al arbitrio y facultad de la Academia la eleccion de todos sus cargos, declarando además trienal el de Director, que reemplazaba al antiguo Presidente, el cual era perpétuo y sólo amovible por la voluntad del Gobierno supremo. Pero era justo que las distinguidas y beneméritas personas que tan dignamente ocupaban al tiempo de la reforma los cargos que eran perpétuos en los anteriores Estatutos, conservasen el mismo carácter durante sus dias; y así lo declararon los nuevos en sus disposiciones transitorias. En consecuencia de ellas continuó el Excmo. Señor Duque de Rivas presidiendo la Academia con el nombre de Director, y siguieron como Consiliarios los Excmos. Señores D. José Caveda, que en este momento nos preside, y D. Joaquin Francisco Pacheco, que hace pocos meses pasó á mejor vida; mereciendo siempre ambos todo el afecto y respeto de la Academia, por sus altas dotes personales, por el celo y entusiasmo con que siempre promovieron sus intereses, tomaron parte en sus tareas, secundaron é impulsaron su reforma y engrandecimiento, y la ilustraron con su consejo y con sus obras. Pero estaba escrito

que pronto habia de verse privada esta corporacion de la ilustrada cooperacion de dos de estos insignes varones, y así sucedió en efecto. El Duque de Rivas, herido ya entonces de la penosa enfermedad que iba lentamente preparando su muerte, asistió con trabajo todavía á algunas sesiones, presidió en su habitacion diferentes veces despues las sesiones de la comision de monumentos, la de Hacienda y algunas otras, consolándose así de su forzada ausencia de las sesiones plenas semanales, y por último sucumbió en 22 de Junio del año pasado de 1865. Diez años escasos dirigió esta Academia, pues habia sido nombrado Presidente por S. M. en 23 de Agosto de 1854, y tomado posesion de su cargo en 8 de Octubre siguiente. Bien hubiera querido la Academia honrar la memoria de tan esclarecido varon, dedicándole un testimonio público de su alto aprecio, así como del profundo dolor que con su pérdida experimentaba; pero obligada por la falta de recursos á contener sus impulsos generosos, hubo de limitarse á consignarlos en sus actas de un modo expresivo, á significarlos con sentidas frases á su afligida familia, y á dedicar en bien de su alma los sufragios que permitió el estado de sus fondos. Más tarde, en la Memoria anual que en el acto solemne de la inauguracion del año académico leyó el Secretario que hoy hace esta ligera reseña, tuvo tambien el honor de hacer otra á grandes rasgos de la vida militar, política y artística de aquel ilustre magnate, y ya entonces pudo ofrecer que algun dia se leeria un elogio más extenso de su finado y querido Presidente, que se habia encargado de escribir su distinguido paisano, discípulo y especial amigo, el Académico de número Señor D. José Amador de los Rios. De su boca vamos á tener muy pronto el placer de oirlo, no habiéndole per-

mitido hacerlo antes la larga enfermedad que ha sufrido, y de que tódavía se halla convaleciente.

Muerto el Duque de Rivas, y vacante por lo tanto la presidencia, se encontraba la Academia en el caso de usar por primera vez de su derecho de eleccion; pero no era tal su impaciencia por ejercitarlo que la impidiese adoptar la resolucion de aplazarlo por algun tiempo, observando esa especie de luto en respetuosa memoria del que por diez años habia dirigido sus sesiones, y por más de treinta ocupado un asiento entre sus individuos. En sesion ordinaria de 25 de Setiembre, reanudadas sus tareas despues de las vacaciones, acordó ya la Academia proceder á la eleccion y señaló, para verificarla, el lunes 2 del próximo Octubre. Poco hubo que conferenciar para realizarla, pues las relevantes prendas que todos reconocian en los dos señores Consiliarios y las largas y honrosas pruebas que tenian de su amor á la corporacion, de su profunda inteligencia y de su laboriosidad incansable, unidas á sus distinguidas dotes personales y elevada posicion social, hicieron que desde luego se fijasen en ellos las miradas de todos los Académicos. Así es que la votacion se contrajo casi exclusivamente á los dos, y como alguno habia de tener más votos que el otro, tuvo más el Sr. Pacheco que el Sr. Caveda, y quedó elegido el primero con igual aplauso y aceptacion por parte de todos, sin esceptuar al mismo que habia compartido con él los sufragios.

Mucho se prometia, y con razon, la Academia de la actividad é iniciativa, del talento singular, del gusto é inteligencia que en materia de Bellas Artes habia demostrado en muchas ocasiones el Sr. Pacheco, y más que todo la hacia esperar grandes resultados el amor profundo y

acendrado que profesaba á la Academia, á cuyas sesiones se le veia asistir con gusto y particular aficion aun en las temporadas en que su vida pública y el desempeño del Ministerio de Estado parecieran haber debido retraerle ó imposibilitarle de hacerlo. Presente se hallaba, presidiendo la Academia, el dia de su eleccion, y apenas se publicó el resultado de la votacion, cuando pudieron verse claramente en su rostro las señales del gozo y complacencia con que aceptaba aquel cargo que él estimaba como muy honroso, dirigiendo á la Academia en el acto frases sentidas de gratitud y afecto, y ofreciéndola ocuparse desde el momento en preparar lo necesario para el dia en que tomase posesion de su nuevo cargo. Pero estaban contados los de su vida, y cuando esto pensaba y decia lleno de salud y de esperanzas el Señor Pacheco, sólo le quedaban seis de vivir sobre la tierra: amaneció el dia 8 de Octubre, dia terrible de luto y desolacion cuyos estragos sólo empezó á sentir Madrid dos ó tres dias despues, y aquel eminente repúblico abandonó en pocas horas la morada de los vivos, herido por la inexorable segur de la epidemia..... Difícil seria describir con sus propios colores la honda impresion que produjo en la Academia este inesperado contratiempo, que en un momento destruia las halagüeñas esperanzas que se habia forjado, dejándola de nuevo, y cuando ménos pudiera figurárselo, en el mismo estado que al fallecimiento del Duque de Rivas, y privada además de uno de sus individuos más entusiastas y de más enérgica iniciativa. Dada cuenta en sesion de 16 de Octubre de esta nueva y sensible pérdida, acordó la Academia los honores fúnebres del que no habia llegado á ser su Director en propiedad, semejantes en un todo á los acordados para el Duque

de Rivas, y aplazó otra vez la eleccion que habia de darle sucesor hasta mediados del próximo mes de Enero. En virtud de este acuerdo, y llegada la época señalada, se fijó el dia 25 de dicho mes para hacer la eleccion definitiva. Habia cundido mucho durante este tiempo entre los Académicos la idea de que convenia que alguna vez comenzasen á desempeñar el honroso cargo de Director de la Academia sus individuos artistas, circulando en seguida entre todos los nombres de dos ó tres Académicos distinguidos y beneméritos, justamente apreciados por su reputacion y sus obras, al mismo tiempo que por su antigüedad y servicios prestados á la corporacion eran dignos de ocupar su presidencia. Uno de los nombres que más aceptacion tuvieron desde luego fué el del distinguido Pintor D. Federico de Madrazo, Académico de mérito casi desde su niñez, primer Pintor de Cámara de S. M., Director de su Real Museo y de la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado, artista que goza de una envidiable y merecida reputacion en España y en el extranjero. Este fué, en efecto, el favorecido por la mayoría de los sufragios en la votacion solemne verificada al efecto en el dia citado 25 de Enero último. Con profunda emocion, ocasionada por la gratitud, al mismo tiempo que por la modesta timidez inseparable del verdadero talento, aceptó el Sr. Madrazo en la misma sesion el nuevo cargo que la Academia le conferia, proponiéndose tomar dentro de un breve plazo la solemne posesion que el reglamento previene; pero nuevas complicaciones ocasionadas por desgracias de familia, y singularmente el fallecimiento de su anciana y respetable madre, seguido de los cuidados y atenciones que naturalmente lleva en pos de sí un acontecimiento de esta especie, le estorbaron

la realizacion de aquel propósito, que por tan justas cau sas hubo de retardarse hasta el presente dia. Hoy por fin, mitigadas aquellas sensaciones, y allanados algunos obstáculos materiales y secundarios, llega el momento de que el nuevo Director pueda entrar de lleno en el ejercicio de sus honrosas funciones, y este es, como ya sabeis, el objeto de la presente sesion.

Por la relacion que acabais de oir comprendereis, señores, con cuánta razon decíamos al principiar esta reseña que era rara y singular la combinacion de circunstancias que se habian agolpado y precedido al acto solemne que hoy celebra la Academia. Ellas son tambien la causa de que este no pueda celebrarse del modo y en la forma que el Reglamento previene: establece este que en la sesion pública destinada á la toma de posesion del nuevo Director, lea el saliente una Memoria en que dé cuenta y haga la historia de los actos de la Academia durante el trienio de su direccion, cediendo en seguida su puesto á su sucesor. En la imposibilidad de llenar hoy esta exigencia del Reglamento, puesto que la muerte nos ha arrebatado sucesivamente y en tan poco tiempo, no solo á nuestro antiguo Presidente y Director, sinó tambien al que habiamos elegido para sucederle, contentémonos al ménos con recrear el espíritu con la grata conmemoracion de su esclarecido talento, de su rica y lozana imaginacion, de los nobles y elevados rasgos de su alma de artista y de poeta, que tan bien retrata su distinguido encomiador el Sr. Rios en el discurso que vais á oir. Él llenará del único modo que es posible el vacío que su ausencia nos ha dejado; él será el triste consuelo de tan sensible pérdida, y un testimonio más del alto aprecio que le profesábamos los que le hemos sobrevivido.

DISCURSO

EN ELOGIO DEL

EXCMO. SEÑOR DUQUE DE RIVAS,

POR

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Señores Académicos:

No convalecido aún de la tenaz dolencia que há más de seis meses me fatiga, vengo hoy, en obedecimiento de vuestro benévolo mandato, á rendir el triste homenaje del sentimiento á la memoria del ilustre prócer, que en los postreros años de su gloriosa vida autorizó con su esclarecido nombre los atinados acuerdos, que han dado nuevo sér y carácter á esta Real Academia, descargándola de la penosa responsabilidad de la enseñanza, y llamándola al culto tranquilo y sereno del Arte, en sus más elevadas regiones. Todos llevais en vuestro corazon el amargo pesar de tan irreparable pérdida; todos guardais en vuestra mente vivos recuerdos del egrégio varon que os alentaba con su ejemplo y su consejo en el difícil cuanto meritorio ejercicio de las artes por vosotros profesadas; todos venís á esta solemnidad académica, que eslabona lo pasado y lo porvenir, determinando la ley providencial de la sucesion de los hechos y de la renovacion de las ideas, á dar público testimonio del amor que sus virtudes os inspiraban, y de la admiracion que engendraban en vuestro ánimo sus peregrinos talentos.

Mas si es en vosotros empeño de consideracion y de respeto el pagar hoy deuda tan legítima,—deber de reco-

nocimiento y de cariño es en mí, que desde la más temprana juventud alcancé la honra de merecer la tierna y no desmentida amistad del preclaro Duque de Rivas, con el don, no ménos precioso, de sus advertencias y doctrinas, en el doble concepto que hermanaba nuestros espíritus. Á su granada experiencia en el cultivo de la poesía y de la hermosa lengua del Rey Sábio; á su acrisolado amor al noble arte de la pintura, en que á la sazon me ejercitaba, estudiando en la capital de Andalucía las inmortales creaciones de Murillo, debí frecuentes é inestimables lecciones, útil y generoso estímulo. ¿Qué mucho, pues, si adunándose ahora la voluntad y el precepto, viva en mi pecho la llama de la gratitud, que es memoria del alma, procuro templar el presente dolor, recordándoos en desaliñado estilo los altos merecimientos de aquel docto magnate, que tuvo por señalado timbre, entre sus nobiliarios blasones, la palma del poeta y la insignia del artista?...

Y no creais, Señores Académicos, que al fijar la vista en la gloriosa personalidad del Duque de Rivas, me propongo bosquejar siquiera el variado y brillante cuadro, en que hizo maravillosa muestra de su poderoso y flexible ingénio: no espereis tampoco que me detenga á reseñaros los actos más notables de su laboriosa vida, estrechamente enlazada con la historia de los disturbios políticos y de los grandes acaecimientos, que han llenado la primera mitad del siglo XIX. Nacido, al terminar la pasada centuria, en el hermoso suelo, que dió cuna á los Sénecas y á Lucano, dotóle la Providencia de aquellas mismas facultades, que resplandecieron en el cantor de las *Guerras más que civiles*, y animado de la santa y noble ambicion que distingue y sublima á las

almas privilegiadas, llevó la actividad de su inquieto espíritu á todas las esferas, anhelando al par el lauro del soldado y del repúblico, el galardon del orador y del historiógrafo, la gloria del poeta y del artista.

A otros más afortunados escritores ha cabido ya la honra de seguir sus pasos, al subir á la popular tribuna y al penetrar en el laberinto de las pasadas edades, para revelar el orígen y carácter de las revoluciones, á que la humanidad se halla por ley superior sujeta. Permitidme vosotros que en este santuario de las Nobles Artes le contemple un momento como cultivador del Arte, viéndole siempre impulsado de aquel *primo amore*, que santificó el alma del Dante y que anida con fuerza creadora é incontrastable imperio en el venturoso corazon, donde plugo á la Divina diestra encender la antorcha del génio.

Porque (no os sorprenda el oirlo de mis labios) si cosechó el Duque de Rivas envidiados laureles en todos los campos á donde llevó su planta, el más cendrado título de su gloria futura, la más floreciente corona que la presente edad le adjudica, debidos son á la claridad y lozanía de su ingénio artístico, tomada esta voz, que adultera y pervierte el vulgo de nuestros dias, en su acepcion más propia y genuina.

El Arte, ese vago é indefinible anhelo de poseer y realizar la belleza, que eleva al génio desde la contemplacion real de la criatura á la ideal contemplacion del Criador; esa aspiracion dulce y misteriosa, que, dominando irresistiblemente al humano ser, le lleva á imprimir en las obras engendradas por el sentimiento el sello indeleble de su espíritu, cual no dudoso testimonio de su orígen y de sus futuros destinos,—es uno en su esencia, como lo es tambien la belleza. Tiene el Arte sin embargo diversas

manifestaciones; pero ni la concepcion de la belleza, que es el momento supremo de la creacion artística; ni la idealizacion del objeto externo, que es en su resultado la más alta conformidad de la creacion misma con las leyes fundamentales de la naturaleza; ni la realizacion de la belleza artística, que estriba en la más perfecta relacion y correspondencia entre la idea generadora y la forma de que se reviste, reconocen diferentes cánones, ni se someten á distintas condiciones.

Cuanto es en las varias manifestaciones del Arte sustancial y necesario, se rije y gobierna en todas por igual norma y medida, así como resplandecen siempre en el génio los mismos atributos y le animan y estimulan las mismas facultades creadoras. Ya produzca en el lienzo los prodigios de la luz y del color; ya comunique al mármol ó al bronce accion y movimiento, inspirándole soplo de vida; ya traduzca en páginas de piedra sus más elevados y profundos pensamientos; ora dote al inarticulado sonido de sentimiento y de armonía; ora, en fin, infunda á la palabra, portentoso vehículo de la humana idea, el poder misterioso de revelar las propias y ajenas pasiones;—en todos estos conceptos se mueve y obra por virtud de la espontaneidad y de la originalidad que le distinguen, y llega á la posesion y realizacion de la belleza, merced á la fuerza intuitiva de la imaginacion y de la fantasía.

Si pues estas supremas é indeclinables condiciones del Arte hermanan y unifican, en su principio y en sus fines, todas sus manifestaciones; si la única diferencia que entre las últimas existe, se refiere exclusivamente á los medios de hacer sensible la belleza,—medios que debe el génio á la discreta contemplacion de la naturaleza, no ménos que á la experiencia y práctica del arte mismo en

los pasados siglos,—no os maraville, Señores Académicos, que al reparar en los títulos, que enaltecen la memoria del que bajó á la tumba presidiendo vuestras nobles tareas, ose reputar por más excelentes y dignos de la posteridad los que, personificando en doble sentido las facultades peregrinas y las elevadas aspiraciones de su alma, fueron encanto de toda su vida, ganándole al par nombre y reputacion de pintor y de poeta.

Amó el Duque de Rivas con ardiente amor al arte, y ambicionó desde su primera juventud con igual anhelo la palma de Herrera y de Calderon, de Velazquez y de Murillo. Excitado su ánimo por la gloria de tan esclarecidos ingénios, vaciló sin duda en la eleccion del camino que debia seguir para alcanzarla, pero avasallado por el instintivo deseo que ardia en su pecho, no renunció á ceñir sus sienes con uno y otro lauro. Así, ya en medio de las fatigas militares, á que le llamaron las obligaciones de su cuna; ya en los viajes que, por mandato del Gobierno, hizo á las principales córtes de Europa, para estudiar la organizacion de los ejércitos; cuándo en el seno de su familia, donde le era dado gozar el magnífico espectáculo de aquella rica y pintoresca naturaleza, que inflamó un dia la mente de Latron y de Séneca, de Floro y de Lucano; cuándo en el tumulto de las pasiones políticas, que le arrojaron desde la supremacía del Congreso Nacional en las amargas zozobras del proscrito; ora luchando con los sinsabores y angustias del que há menester del sudor de su frente para vivir en tierra extraña; ora en fin restituido á la pátria, colmado de honores y riquezas, llamado una y otra vez al Consejo de su Reina, é investido de plenos poderes para representarla cerca de otros Soberanos, en todas partes y bajo todas condicio-

nes mostró siempre aquel invencible afan, que le llevaba á cultivar la poesía y la pintura, sin que amenguaran tan puro y santo amor la prosperidad ni el infortunio. Celebrando esta noble pasion del esclarecido prócer, que, segun la estimada frase de su mejor biógrafo, necesitó desde los primeros albores de su vida intelectual, «cantar lo que sentia y pintar lo que miraba,» pareció quilatar la nativa índole de su ingénio el eminente poeta, que le precedió en la honra de presidiros, diciéndole ya en 1819:

Tú, á quien afable concedió el destino,
Digna ofrenda á tu ingénio soberano,
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino;
Vibrando el plectro y animando el lino,
Logras, Saavedra, con dichosa mano,
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.

No otra fué la vocacion, no otro el fervoroso y constante aspirar de aquella levantada inteligencia, creada para el arte. Pero si pudiera achacarse hoy á parcialidad de compañeros el igualar en las sienes del ilustre Duque de Rivas el lauro del pintor con la corona del poeta, lícito me parece asentar no obstante, sin temor de ser desmentido, que recibió el poeta largo y precioso tributo del pintor en cuantos momentos ardió la inspiracion en su mente, debiéndose á este felicísimo maridaje las más vistosas galas y ricas preseas, ya que no los mayores aciertos de su musa.

Nadie ha negado todavía, nadie osará negar, al insigne hijo de Córdoba la gloria de ser uno de los primeros poetas españoles del siglo XIX. Pocos le han igualado, en efecto, en la riqueza y fausto de la imaginacion, ni en

los arrebatados vuelos de la fantasía; ninguno le ha aventajado en la propiedad, abundancia y lozanía de las descripciones; pero á todos ha eclipsado sin duda en la acertada y natural disposicion de los cuadros, trazados una y otra vez con admirable gracia y maestría, no reconociendo rivales en la frescura, viveza y verdad de los retratos, bosquejados á veces de una sola pincelada, á veces diseñados y modelados con entero acabamiento, y animados á la contínua de rico y verdadero colorido.

Brillan estas singulares dotes del pintor en todas las creaciones del poeta, y desde la caballeresca narracion del *Paso honroso,* escrito en 1812, con devota sujecion á los preceptos de la escuela clásica, hasta las más romancescas y dramáticas leyendas de *La Azucena Milagrosa, Maldonado* y *El Aniversario,* últimos destellos de aquella musa narrativa por excelencia, que habia cobrado su libertad y vigor nativo, al concebir la simpática historia de *Mudarra* y las fatales aventuras de *Don Alvaro,* no encontrareis, Señores Académicos, produccion alguna,—lírica, épica ó dramática,—donde no aparezcan tan altas virtudes artísticas como principal joya y ornamento.

Hay, sin embargo, entre las producciones poéticas del Duque de Rivas un grupo harto numeroso de narraciones históricas, donde, aspirando á pulsar la lira de los cantores populares, logró el magnate castellano, en comun sentir de la crítica, echar los más firmes cimientos de su gloria literaria. Cuajado de amenas y gallardas descripciones, sembrado de bellos y veracísimos cuadros, que se suceden y eslabonan como en copiosa y sorprendente galería, enriquecido de espontáneos retratos, que bastan á revelar el carácter y la ilustracion del pueblo musulman y del pueblo cristiano durante el siglo X, parecia haber ago-

tado el *Moro Expósito*, poema solitario aún en el parnaso español, las grandes cualidades de artista que á su autor enaltecian. Los *Romances históricos* (que bajo este título se distinguen las ya citadas narraciones) vinieron á mostrar en breve que, lejos de extinguirse tan rica vena, se habia acaudalado grandemente con la experiencia y la madurez de los años, no ajenos, en verdad, á este progresivo perfeccionamiento los notables estudios, que realizaba al par el infatigable prócer en el arte de Zurbaran y de Murillo.

Impertinente fuera exponeros ahora el juicio crítico de estos castizos cantares castellanos, dignísimo recuerdo, en su espíritu y en su forma, de aquellos *romances* que, reflejando viva y poderosamente la civilizacion de nuestros mayores, constituyen la grande y original epopeya española. El intento de probaros cuánto debió el poeta al pintor, dado el feliz consorcio de tan afines facultades, me obliga, no obstante, á solicitar vuestra atencion por contados momentos. Fijemos nuestras miradas en aquel vario conjunto de obras poéticas, precioso ramillete de tradiciones populares, fecundadas por la historia y enriquecidas por la arqueología, y ya que no sea posible saborear las bellezas de los innumerables cuadros que encierra, ni admirar todos los retratos que lo exornan, permitidme que os señale algunos, no escogidos por cierto con excesivo cuidado. Hé aquí, por ejemplo, cómo pinta á doña María de Padilla, cuya singular belleza aprisionaba al rey Don Pedro, en los momentos que preceden á la infeliz catástrofe de Don Fadrique:

Un vistoso brial de seda
Verde, y con labores varias
De sirgo y perlas, y en torno
De oro recamos y franjas,

Era su traje; una toca,
Muy más que la nieve blanca,
Y un claro cendal cubrian
Sus trenzas negras y largas.
Celestial era su rostro
Y divina su garganta;
Pero del color de cera,
Que miedo y penas retrata.
Dos soles eran sus ojos
Bajo las luengas pestañas,
Donde dos perlas preciosas,
Prontas á correr brillaban.
. . . . . .
Ora un blanco pañizuelo
Con puntas bordado y randas,
Revolvia con las manos
Convulsas y deslustradas;
Ora absorta y distraida,
Agitaba en torno el aura
Con un precioso abanico
De ricas plumas de Arabia.

Al lado de este delicado y sencillo retrato, donde contrastan vivamente la belleza y la zozobra de aquella ilustre dama, para quien fué fatal presente la hermosura, coloquemos ahora el no ménos verídico y más simpático de la Reina Católica, bosquejado por el poeta á punto de recibir por vez primera tan magnánima princesa á Cristóbal Colon, todavía en el real de Santa Fé, al frente de Granada:

En un camarin pequeño,
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos
Y una alfombra de colores:
Junto á un cuadrado bufete
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo,
Con franjas de oro y borlones;
En frente de un oratorio
De concha, nácar y bronce,

Donde la imágen brillaba
Del Redentor de los hombres,
  Y á la luz de dos bugías,
De aquel breve cielo soles,
Que en candelabros de oro
Daban vivos resplandores;
  Sentada en la régia silla
Con la presencia más noble
Que jamás tuvo matrona,
Que jamás respetó el orbe,
  Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y Leon, mostróse
Á los admirados ojos
Del genovés sábio y pobre.
  Un brial de raso morado
Con castillos y leones,
De perlas, esmaltes y oro
En recamadas labores,
  Era su traje. En su pecho
Brillaban, como en la noche
Los luceros rutilantes,
Las cruces que en los pendones
  De las Órdenes guerreras
Son de la victoria norte;
Y de flamencos encajes,
Que régia diadema coge
  Una delicada toca
Ornaba su rostro, donde
Formando un todo divino
De altas celestiales dotes,
  El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble,
Y el esfuerzo más gallardo,
Resplandecian conformes.

El amor, el respeto y el entusiasmo del pintor y del poeta resaltan al par en este retrato de cuerpo entero, que aparece rodeado de oportunos y característicos accesorios, haciendo natural la sorpresa que turba un momento al descubridor del Nuevo Mundo. Pero ya que recordamos al grande hombre, no os desagradará el traer tambien á la memoria la pintura que de él hace el ilustre

Duque, al verle llegar, perdida ya la esperanza de ser escuchado y entendido, al solitario convento de la Rábida. Vestia (dice):

Justillo de roja tela,
Aunque usada y vieja, fina.
Un manto de lana pardo
Con mangotes y capilla,
Un birrete de velludo
Y de orejeras caidas;
Unas portuguesas botas,
Más enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
Un zurron, saco ó mochila,
Donde un pequeño astrolabio,
Una brújula marina,
Un libro de devociones
Y unos pergaminos iban.
Despejada era su frente,
Penetrante era su vista,
Su nariz era aguileña,
Su boca muy expresiva;
Proporcionados sus miembros,
Y su edad, si no florida,
Tampoco tan avanzada
Que llegase á estar marchita.

Con sentimiento dejo de penetrar tras este sér privilegiado en la celda de Fr. Juan Perez de Marchena, así como renuncio, en gracia de la brevedad, á presentaros el animadísimo cuadro, en que la gran Reina Isabel y el gran Cristóbal Colon hermanaron su voluntad y su inteligencia para dar cabo á la más colosal empresa que habian visto los siglos. Mas porque cumple á mi propósito comprobar del todo el aserto que há poco aventuré, lícito me será añadir algun ejemplo de otro género de pinturas; y escogeré entre todos, para no fatigaros con exceso, el retrato de Francisco I, al empezar la gloriosa jornada de Pavía, donde quedó rendido al poder de España:

El rey de Francia los suyos
Numerosísimos pone,
Mas cual bisoño caudillo,
Para la batalla en órden.
¡Cuán gallardo y rozagante
Augusto, lozano y jóven
Oprime un tordo rodado
Que á tal dueño corresponde!
De morado terciopelo
Y brocado de oro, sobre
El arnés fúlgido, lleva
Veste de ricas labores.
Efes de oro son y lises,
Que deslumbran como soles,
Y de oro y morada seda
Lazos, borlas y cordones.
En el alto capacete,
Del viento halago y azote,
Amarillos y morados
Vuelan flexibles airones.
Y en medio de ellos descuella
Una flecha de oro, donde
Primoroso pendoncillo
Un claro emblema propone.
Bordada una salamandra,
Que en vivo fuego se esconde,
Es el cuerpo de la empresa
Y *Modo et non plus* el mote.

Sin duda no hubiera desdeñado Velazquez este felicísimo cuadro, cuya naturalidad, grandeza y gallardía le hacen digno compañero de los celebrados lienzos que en el régio Museo inmortalizan su nombre.

No juzgo necesario, Señores Académicos, el traer aquí nuevos ejemplos para inclinaros al convencimiento de la verdad por mí enunciada. Sólo me atreveré á observaros que los arriba trascritos pertenecen á tres de las diez y ocho narraciones que forman el volúmen de los *Romances históricos*, y que son los *cuadros y retratos* el más preciado ornamento de los mismos. Nunca ha podido decirse con

tanta exactitud como al contemplar estas obras poéticas que *escribir es pintar*, porque nunca se han consociado más estrechamente las raras facultades del pintor y del poeta, que constituyeron en el prestantísimo ingénio, cuya pérdida hoy llora esta Real Academia, un doble artista.

Mas si debió á las inspiraciones de su musa poética tan levantados títulos de gloria, no anduvo por cierto en la diestra del Duque de Rivas ocioso el pincel, dando, cual ya sabeis, en todas partes, insigne muestra de la fecundidad de que le habia dotado la Providencia. Difícil, cuando no imposible, es ahora, por las especiales circunstancias de su trabajada vida, el formar exacto y cronológico catálogo de estas producciones pictóricas: Málaga, Córdoba, Madrid y Sevilla en el propio suelo; Malta, Lóndres, París y Nápoles en el extraño, le vieron consagrarse, con el ardoroso entusiasmo que le distinguia, al cultivo del arte ennoblecido por los Urbinos y Tizianos; y en paisajes y cuadros de costumbres, en retratos y composiciones históricas, religiosas y alegóricas, acreditó aquí y allí que habia nacido pintor, como nació poeta, y que no carecian sus lienzos de aquellas altas virtudes morales que resplandecen en sus poemas.

Fué el amor de la patria pasion ardiente y profunda en el hidalgo pecho del Duque de Rivas, adhiriéndose muy particularmente al suelo de Córdoba, cuya perdida opulencia habia llorado en estas sentidas estrofas, que encabezan *El Moro Expósito:*

¡Córdoba insigne!... ¿Dónde tu grandeza?
¿Dónde está tu poder? ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega fortuna su inconstancia?...

De tu templo á los mármoles pregunta,
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan.

Pregúntalo tambien al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara;
Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo,
Las leves nubes por el cielo pasan.

Quien así lamentaba la inevitable decadencia de la *Colonia Patricia,* silla un dia del Califato, habia procurado años ántes (1814) enaltecer su gloria , trazando en estimable lienzo la *Apoteosis* de sus más renombrados hijos; y pintores y poetas cordobeses ocuparon el templo de la fama, no olvidados en aquella doble cohorte de ingénios los Sénecas y Lucanos, los Menas y los Céspedes.—Girando sus miradas en más dilatada esfera, obedecia al mismo sentimiento, dedicando á la grandeza de *Hernan Cortés*, preludiada en los *Romances históricos*, señalado recuerdo (1829); y reparando en el noble sacrificio de *Hermenegildo*, hecho en aras de la idea católica, que iba á regenerar, merced á los esfuerzos del gran Leandro, la raza visigoda, representábale en el instante de recibir el martirio (1842), cuya palma era al par emblema y blason del puro y santo amor que á la religion y á la pátria profesaba.

Anidaba tambien, profundamente arraigado, en el corazon del preclaro Duque de Rivas este vivificador sentimiento, que defendiéndole de la indiferencia y de la impiedad, y brillando en todas sus poesías, debia servirle de númen, al ambicionar la gloria del pintor. El Viejo y

Nuevo Testamento, la historia de los mártires y las místicas tradiciones de la edad media, ministraron á su musa pictórica abundante cosecha; y desde la *Caida de Luzbel*, delicada alegoría en que aparece el ángel rebelde llorando sobre su marchita corona (1815), hasta el *Triunfo de Judit*, última produccion de su mano (1856); desde la sublime representacion del *Salvador del Mundo* (1829), hasta la no ménos piadosa de la Madre del Verbo, conocida en el suelo de Nápoles bajo la advocacion de la *Vírgen de la Rosa* (1846), buscó su devoto anhelo simpáticos asuntos, no escaseando en verdad sus inspiraciones.

Más largo espacio del que me es dado ahora ocupar habria menester para daros noticia de todas estas obras; pero no omitiré el mencionaros algunas de las que me ha sido posible examinar, porque en ellas descubro aquellas dotes y cualidades, que revelan al verdadero artista. Llama en primer término, la atencion, un bello grupo de *Adan y Eva* (1821), donde la madre comun del linaje humano aparece hollando el lirio de su perdida inocencia; pensamiento tan nuevo como filosófico, que simbolizando la afrenta del primer pecado, anuncia ya los dolores y quebrantos á que la prole de Adan viviria sujeta. Ni son para olvidados otros dos lienzos que representan la historia de *Susana,* producciones ambas debidas al último tercio de la vida del ilustre Duque (1846), y ambas dignas de aprecio, por la excelente disposicion del asunto, virtud muy estimada, que jamás le abandona, ni como pintor ni como poeta. Es esta, en efecto, la más relevante prenda del cuadro que nos recuerda la conversion de la *Samaritana* (1843), como lo es tambien de los no ménos estimables del *Niño Dios* (1840), y de las denodadas y piadosas *Justa y Rufina* (1847), que escudadas con la firmeza de su

fé, desafian y triunfan en la muerte de la saña de sus tiranos y verdugos.

A estos interesantes lienzos pueden añadirse, por último, entre los que testifican el respeto que tributó tan egrégio magnate á la antigüedad clásica, el que representa á *Sócrates aleccionando á Alcibiades* (1819), y entre los que acreditan el tributo que rindió á las tradiciones de escuela, los que figuran á *Hermafrodita* (1822), y á *Cupido* (1829), estudios todos en que hizo gala del desnudo, poniendo de relieve sus muy felices facultades.

Ya veis, Señores Académicos, cómo no es posible negar título de pintor á quien cultiva en esta manera tan difícil arte. Todo nos mueve, en efecto, á conceder á tan claro ingénio este ambicionado galardon, como le confesamos la alta gloria del poeta. Pero lícito nos será observar, sin embargo, para no merecer calificacion de parciales, que si los más benévolos críticos, aquellos á quienes ligaban con el Duque los lazos de la sangre, no han vacilado en señalar, cual lunares de sus producciones literarias, cierta desigualdad é incorreccion, nacidas de la movilidad é intemperancia de su intranquilo espíritu,—esa misma desigualdad é incorreccion deslustran en parte por análogas causas sus obras pictóricas, en cuanto á la ejecucion se refiere.

No basta al génio concebir la belleza, ni remontarse en alas de la imaginacion á las esferas del idealismo. Para realizar la obra de arte, para producir la verdadera creacion, conforme á la manifestacion por él escogida, necesario le es de igual modo el aprendizaje especial que cada bella arte requiere; y cuando, léjos de consagrar sus esfuerzos á la segura posesion de estos indispensables medios, vacila en la eleccion, desechando mañana, por in-

eficaz y contrario á sus fines, lo que hoy adoptó como propio y adecuado, no es maravilla que se aleje sin advertirlo, ó se estacione al ménos ante la suspirada meta, malogrando así las más altas concepciones, y esterilizando los más nobles esfuerzos.

No otra cosa nos dicen en verdad las obras pictóricas del insigne Director de esta Real Academia, á cuya memoria consagramos este humilde recuerdo. Agitado sin tregua su generoso corazon por el creciente afan de hacer una la doble corona por él ambicionada, inflamábale al par la gloria de los inmortales nombres de Rafael y de Tiziano, de Vinci y de Rivera, de Rubens y de Van-Dyck, de Velazquez y de Murillo; y deseando seguir, como pintor erudito, las luminosas huellas de todos, mostróse una y otra vez perplejo y vacilante, sin que le fuera dado sacar de tan distintos sistemas un estilo propio y adecuado á la índole nativa de sus grandes facultades. No llegó para el pintor aquel supremo momento que determinan en la vida del poeta la grandiosa narracion del *Moro Expósito* y la dramática historia de *Don Álvaro,* pues que no osando aventurarse á romper del todo las trabas de aquella múltiple imitacion, que por serlo se esterilizaba á sí propia, llegó lastimosamente á hacer irrealizable, en el grado superior á que aspiró de contínuo, su más ardiente anhelo, viviendo como poeta y pintor, en perpétuo y sensible desequilibrio.

Hé aquí, señores, las principales causas artísticas que, en mi pobre concepto, desigualan hoy ambas coronas en las sienes del esclarecido Duque de Rivas, cuando no pueden ser de más alto precio, ni de más idéntica ley las dotes que para el cultivo de la pintura y de la poesía sacó de la cuna, segun he pretendido demostraros. Empapó su musa

poética las atrevidas alas en la rica é inextinguible fuente de las tradiciones nacionales; alimentóse y nutrióse con la vivificadora sávia de los sentimientos y de las creencias del pueblo español, y fué su vuelo tan rápido y elevado, como libre y espontáneo, descubriendo su vista y mostrando su diestra á la edad presente y á la venidera sorprendentes y maravillosos cuadros, alumbrados por la luz de la originalidad, y animados por el fuego del patriotismo. No esquivó un dia su musa pictórica la inspiracion del amor patrio; mas pagándose siempre de erudita, apartó al fin sus miradas de la vida real del pueblo castellano, y aunque devotamente religiosa, desoyó sus tradiciones y olvidó su historia, renunciando á la inmarcesible gloria que le ofrecia en sus ínclitos héroes y en sus inmortales empresas. Nadie diria, reconocidos ya en las preciosas narraciones antes memoradas, los bellos cuadros y felicísimos retratos históricos trazados por el Duque de Rivas, que al manejar este el pincel, perdiera de vista las verdaderas fuentes de su inspiracion, desconociéndose á sí propio.

Pero tales son las condiciones de la humana naturaleza, aun en los seres más privilegiados y en las más grandes inteligencias. Sin duda la Divina mano, que le habia colmado de tantos y tan selectos dones, no quiso concederle en una y otra liza igual victoria, para darnos elocuente é inequívoco testimonio de nuestra dolorosa pequeñez, aun en los momentos en que nos reputamos orgullosamente grandes. El nombre de D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, pasará no obstante á la posteridad con la doble aureola del pintor y del poeta, que constituye en él la verdadera gloria del artista; y cuando más afortunado ingénio llegue á trazar los anales de esta sábia

Academia, templo de las nobles artes, lo escribirá con noble orgullo en muy brillantes páginas, para advertir á las generaciones futuras que si hubo un dia en que los optímates castellanos se dedignaban de cultivar las letras y las artes,—más venturoso el siglo XIX, alcanzó la honra de poseer magnánimos próceres, que sobre las ínclitas insignias del Toison de Oro, sobre las grandes cruces de Cárlos III y de San Genaro, sobre el hábito del Baylio general de la veneranda Órden de San Juan, ostentaron con hidalga satisfaccion la humilde medalla académica.